

ELENA GARCÍA

¡DÉJAME VERTE!



¡Déjame verte!

Elena García

Esencia/Planeta

© Elena García, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: LightField Studios / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: abril de 2021
ISBN: 978-84-08-24020-4
Depósito legal: B. 4.011-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Ocho meses después...

—Ruth, querida, a ti lo que te hace falta es un poco de acción.
—Mis compañeras ríen, mientras Teresa hace un gesto obsceno con sus manos.

Llevan varias semanas así y la verdad es que ya empiezan a estar un poquito insoportables.

—No estoy preparada aún... —les repito por enésima vez. Estoy empezando a perder la paciencia.

Quedé tan afectada con mi ruptura que, desde que abandoné a Pablo, no he querido volver a saber nada de hombres. Es más, cada vez que alguien se me acerca con alguna intención clara, o me hablan sobre ello, me pica todo. Comienzo a creer que estoy desarrollando alguna alergia extraña.

—Deberías darte una nueva oportunidad —insiste Teresa.

—Estoy muy bien así, gracias. —Fuerzo una sonrisa, buscando mantener las formas.

Me agota fingir para evitar que se ofendan, sé de sobra que no lo hacen con mala intención, pero empiezo a estar muy harta.

—¿Sabes? —ahora quien habla es Lucía—, Carlota, la chica de la planta de abajo, me envió una página de encuentros bastante interesante. Ella también lo pasó muy mal cuando descubrió a su pareja en la cama con otra y dice que desde que entra ahí su vida ha dado un cambio radical. Luego busco el enlace y te lo paso.

—No te molestes. Te lo agradezco de veras, pero no me van ese

tipo de prácticas. —Miro el reloj y, aliviada, comienzo a recoger mis cosas—. Debo marcharme. Como siempre, un placer chicas. —Hoy precisamente no lo ha sido, sin embargo, eso es algo que ellas no van a saber—. Nos vemos mañana —me despido tan rápido como puedo y camino hasta el ascensor. Necesito aire fresco o, de tanto como me pica el cuerpo, me saldrá urticaria.

Cuando las puertas se abren y veo que en el interior hay al menos doce personas, apretadas como si estuvieran enlatadas, resoplo. Otra vez viene completo y tengo que hacer maniobras para encontrar un hueco... No sé cuántos kilos aguantan estos trastos, pero estoy segura de que algún día nos vamos a llevar un buen susto. Se hacen a un lado y con esfuerzo logro entrar. La puerta tarda en cerrarse y al percatarme de que es por culpa de mis pechos, que prácticamente están rozando el sensor, meto la barriga hasta que cierra. Otto, el más asqueroso de mis compañeros, aprovecha para presionar su paquete contra mis nalgas y cuando me vuelvo, dispuesta a decirle cuatro cosas, se encoge de hombros.

—No es mi culpa —replica fingiendo apartarse—. Me están empujando.

Lo fulmino con la mirada y, como siempre, me ignora.

No es la primera vez que me hace algo así y si piensa que me lo voy a creer, lo lleva claro. Todas las chicas de la oficina se quejan de que siempre les hace lo mismo, no en vano lo llaman Otto *el Toca-culos*. No es más que un jodido acosador al que nunca nadie se ha atrevido a poner freno, por el simple hecho de que es amigo íntimo del jefe. No entiendo cómo puede estar a punto de casarse, con una novia con la que lleva saliendo más de diez años. ¿Acaso todavía no se ha dado cuenta de lo cerdo que es?

Cuando por fin logro salir a la calle, tomo una gran bocanada de aire y camino lo más rápido que puedo hasta el aparcamiento. Dejo las carpetas en el asiento del coche y trato de calmarme antes de ponerme en marcha. El día ha sido horrible y, para colmo, no me ha dado tiempo a terminarlo todo en la oficina, así que me toca llevarme gran parte del trabajo a casa y acabarlo mientras ceno.

Definitivamente, necesito unas vacaciones con urgencia. El estrés se está apoderando de mí a pasos agigantados y tengo todos

los músculos de la espalda y el cuello rígidos. Incluso si vuelvo la cabeza, puedo sentir un horrible mareo. Debería pedirle una cita a mi fisioterapeuta, pero no tengo ni un solo hueco en la agenda para poder acudir a su consulta. Como esto no cambie, acabaré sin poder moverme.

Nada más llegar, aparco en el primer hueco vacío que encuentro y cojo las carpetas para subirlas a mi apartamento. Apago el aire acondicionado y rápidamente el calor se vuelve casi insopportable. Estamos en pleno verano y aunque ya son más de las seis de la tarde, seguimos rozando los cuarenta grados. Miro hacia el bar de la esquina y decido entrar a por una botella de agua fría. Olvidé guardar la mía en la nevera esta mañana y seguro que, ahora mismo, esa agua está tan caliente que parecerá babas. Cruzo la calle como puedo y con cada paso que doy tengo la sensación de que podría caerme en cualquier momento. El asfalto está tan caliente que mis zapatos prácticamente se quedan pegados en él. Empujo la gran puerta de madera y el fresco que sale del interior me hace suspirar.

—Hola, Ruth, ¿cómo estás? —Jaime me regala una bonita sonrisa desde el otro lado de la barra nada más verme.

Él no lo sabe, pero desde que me mudé a este barrio hace ya varios meses, su bar se ha convertido en una especie de refugio para mí. Vengo prácticamente todos los días y es el único lugar donde logro desconectar.

Jaime, el guapo camarero, siempre está dispuesto a escucharme y aunque no podemos considerarnos amigos, ya que nunca hemos quedado o salido juntos por ahí, pasamos muchas horas charlando. Me ayuda bastante tener a alguien a quien poder contarle mis cosas, sin miedo a que me juzgue o que lo vaya pregonando por ahí. Por alguna razón me inspira confianza, aunque la verdad es que no sé cómo me aguanta. La mayoría de las veces siempre acabo contándole una y otra vez lo que me hizo mi ex... Es algo que me tiene completamente obsesionada. Siento que no podré superarlo nunca.

—La verdad es que hoy voy hasta arriba —le respondo mientras me apoyo en la fría madera. Si no supiera que me está mirando,

cerraría los ojos y disfrutaría de ella. Si hay algo que no aguanto es el calor del verano—. Ya no sé adónde ir a por tiempo —continúo—. A veces desearía que mis días fueran de cuarenta horas, pero después recuerdo que las pasaría trabajando y se me pasa.

—Necesitas descansar más. —Me mira un segundo—. Tienes ojeras.

—Lo sé, pero estos meses son los más difíciles de todo el año. Todo el mundo quiere alquilar o vender sus casas en estas fechas y, bueno... —Hago una pequeña pausa—. Ponme algo de beber, anda —le pido para no seguir con el mismo tema, necesito desconectar al menos por un rato y lo que menos me apetece es seguir hablando de mi trabajo.

—¿Qué quieres tomar?

—Una cervecita bien fría —cambio de opinión, ya le pediré el agua para llevar después.

—Ahora mismo. —No tarda ni dos segundos en ofrecérmela y se lo agradezco. Tengo la garganta más seca que un polvorón.

Le doy un trago largo con el que la disfruto enormemente y mientras charlamos, no puedo dejar de observar sus enormes y expresivos ojos. Aunque son azules, el color miel que le nace alrededor de la pupila puede hacerte llegar a creer que son verdes. Todo depende de cómo la luz se proyecte sobre ellos. Nunca había visto unos iris así.

Miro el reloj creyendo que solo han pasado algunos minutos y al darme cuenta de que llevo en el bar más de una hora, me despi-do apurada.

—Con todo mi pesar, Jaime, he de dejarte. Esto no se hace solo —señalo mis papeles y al ponerme en pie, noto que estoy algo perjudicada. Con el calor y la sed que traía, finalmente han sido cuatro las cervezas que me he tomado y, al haberlo hecho tan rápido, se me han subido a la cabeza.

—Ten cuidado —dice al ver mi torpeza—. ¿Necesitas que te acompañe a casa? —Peina nervioso su cabello castaño y apuesto a que ni él mismo esperaba decir eso. Entre otras cosas, porque no puede dejar el local solo.

—No, tranquilo. Llegaré bien. —Le sonrío y me devuelve la sonrisa.

Adoro los hoyuelos que se le forman en las mejillas... Si no fuera porque no quiero volver a saber nada de hombres en mucho tiempo, alguien como él sería el candidato perfecto. Guapo, atento, trabajador... es un hombre que lo tiene todo.

Al llegar a la casa, cambio las pesadas carpetas de mi brazo izquierdo al derecho e intento abrir la puerta. Viendo que no lo consigo a la primera, me pongo nerviosa y maldigo en alto, mientras lo intento varias veces más. Oigo al perro de mi vecino ladrar y me pongo aún más nerviosa. Seguro que con lo cotilla que es, se asoma, y lo que menos me apetece ahora mismo es verle la cara. No he conocido a un hombre más antipático en mi vida. Cada vez que me mira, lo hace como si yo fuese la cosa más insignificante de la Tierra.

—¡POR FIN! —grito aliviada al ver que la puerta se abre y logro cerrarla antes de que mi vecino salga. Habría sido más fácil si lo hubiese soltado todo en el suelo, pero estoy tan cansada que he preferido pasar mil fatigas antes que tener que agacharme a recogerlo después.

Coloco mis cosas sobre la mesa mientras exhalo fuertemente y pulso el botón de mi portátil para iniciarlo. Me preparo una buena taza de café para que no me dé sueño después y me quito los zapatos como si todavía quemasen. Los dejo tirados donde me parece y camino descalza. No hay mayor placer que sentir los pies libres después de un largo día de trabajo. Es lo más parecido a un orgasmo que he tenido en meses. Estoy tan inapetente, que ni siquiera he sido capaz de autoestimularme sexualmente. La libido se me fue con Pablo.

Desabrocho varios botones de mi camisa, suelto mi cabello y masajeo mi cuero cabelludo.

—Uf. —Cierro los ojos con fuerza. Me duelen hasta las sienas de llevar el moño tan apretado.

Me acomodo frente a mi ordenador y suspiro, ahora algo más relajada. Decido tomarme un par de minutos más antes de empezar y abro mi web favorita de prensa. Últimamente estoy tan inmersa en el mundo laboral, que ando completamente desactualizada.

—Bien, vamos a ver qué está pasando en el mundo... —murmuro en alto, como si alguien me pudiese escuchar.

Tecleo con habilidad y comienzo mi paseo por la red. Virus, crisis, personas desaparecidas, políticos corruptos... «¿Por qué coño quiero ver todo esto?», pienso mientras me levanto y cierro la página, frustrada. Me apetece charlar, reír, hacer vida social..., pero es tan tarde que ni siquiera puedo llamar a nadie.

«Será mejor que me ponga con el trabajo o amanecerá cuando termine.» Sacudo la cabeza para centrarme y en ese momento una ventana con publicidad cubre mi pantalla.

ENTRA EN EL CHAT Y CONOCE A GENTE INCREÍBLE.

Conversa a tiempo real con personas de cualquier lugar del planeta.

Recuerdo las palabras de Lucía y, aunque delante de mis compañeras me hice un poco la loca, no tengo que pensarlo demasiado. Me negué simplemente para no parecer una cualquiera, pero reconozco que lograron despertar mi curiosidad y me gustaría saber al menos cómo funciona. Clico sobre el bonito cartel y rápidamente me aparece un espacio vacío para escribir un alias.

Tras darle varias vueltas, me decido por «Morenita_27», ya que creo que es el que mejor me representa. Morena por el color de mi cabello y 27 por mi edad. Coloco el cursor sobre el botón y accedo.

Tarda algunos segundos, pero finalmente aparece otra pantalla con varias secciones y leo en voz alta.

—Veamos... Amistad, Informática, Universitarias, Sexo, Gay...

Solo quiero charlar, así que clico en Amistad y cuando entro puedo ver que hay varios alias más escribiendo. Lo observo todo durante un buen rato con intención de descifrar lo que sea que estén hablando; sin embargo, son tantas frases y suben con tanta rapidez que me es imposible.

—¿Cómo puede gustarle esto a la gente? ¡No me entero de nada! —Exhalo defraudada y cuando estoy a punto de darme por vencida, una lucecita parpadeante en la barra superior llama mi

atención. La miro con detenimiento, clico sobre ella y ante mis ojos aparece una especie de conversación privada con un tal Seductor_Cam.

—Vaya... esto se pone interesante —ríó sola.

<SEDUCTOR_CAM> Hola Morenita_27, estoy caliente. ¿Quieres verme desnudo?

Me pregunta sin más y mis ojos se abren como platos.

—¡Joder! —Mi voz resuena en la habitación y mi cara por instinto se colorea. Pero ¿a este qué coño le pasa? Intuyo que se ha debido de equivocar y en vez de entrar a la sección de Sexo, como imagino que buscaba, ha entrado en la de Amistad.

No respondo, pero tampoco aparto la mirada de la conversación. Segundos después, una voccecita dentro de mí me incita para que acceda. «¿Qué hay de malo en mirar? ¿Quién lo va a saber? Estás sola en casa y por el alias no te van a conocer...» Noto como mi sangre se calienta por el morbo y algo que ha estado apagado dentro de mí durante mucho tiempo comienza a dar señales de vida.

Inspiro profundamente y me animo a contestar. Quiero ver hasta dónde me lleva esto. Quizá es el interruptor que necesito...

<MORENITA_27> Hola.

No se me ocurre nada más brillante que decir y temo que no responda. Estoy convencida de que busca algo más directo y se aburrirá pronto de mí.

<SEDUCTOR_CAM> Hola :) ¿Qué me dices?

<MORENITA_27> ¿Sobre qué?

Finjo. Su rapidez en la respuesta me da esperanzas.

<SEDUCTOR_CAM> No te hagas la tonta. ¿Quieres verme desnudo mientras me masturbo para ti o se lo propongo a otra?

Esa frase tan directa hace que mis pezones se endurezcan bajo la ropa y me sorprende. Hacía mucho tiempo que no reaccionaban así.

No puedo decir que no. Debo seguir explorando esto para saber hasta dónde me lleva.

<MORENITA_27> Está bien... Pero tendrás que indicarme cómo se hace. Soy nueva aquí y no tengo mucha idea de cómo funciona esto.

Aunque mi cara arde, la curiosidad me puede.

<SEDUCTOR_CAM> Únicamente acepta la solicitud que voy a enviarte.

<MORENITA_27> Ok... ¿Solo te veré yo o habrá más gente mirando?

<SEDUCTOR_CAM> Si estás sola en casa, solo lo harás tú :)

Un fuerte calor se extiende hasta mis piernas y me muevo inquieta. Doy gracias porque no puede verme y continúo. Esto es mejor de lo que creía.

<MORENITA_27> De acuerdo. Envíame la solicitud.

Las palmas de mis manos comienzan a sudar y el corazón me late tan fuerte que lo noto perfectamente. No puedo creer que esté haciendo esto.

En el instante en que me llega la petición, la acepto y me preparo para lo que pueda encontrar. Tras una espiral blanca en la que puede leerse «Cargando», finalmente aparece una imagen borrosa que, poco a poco, va tomando forma.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo al ver un torso totalmente tonificado delante de mí y por un momento creo que es una foto. Cuando se mueve, un suave escalofrío recorre mi espalda y lo miro absorta. Lentamente se acerca al teclado y escribe.

<SEDUCTOR_CAM> ¿Te gusta lo que ves?

El sonido de la notificación me saca de mis pensamientos y pestañeo confusa. Sin dejar de mirar la pantalla escribo:

<MORENITA_27> Sí.

<SEDUCTOR_CAM> Bien, ahora dime qué te gustaría que hiciera. Eres mi mirona y quiero complacerte :)

«Esto no puede ser verdad —me digo—. Un adonis a mi entera disposición en la pantalla.»